

Marx y la Historia

Marx and History

Carlos Martínez Shaw

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

¿Cuáles han sido las principales contribuciones a la concepción de la Historia y la historiografía por parte de Marx y del marxismo posterior, cuáles sus méritos y sus puntos débiles?

La producción historiográfica del siglo XX sufrió una verdadera revolución al recoger una serie de aportaciones procedentes tanto de diversas escuelas de pensamiento como de la reflexión teórica de profesionales de la ciencia histórica, especialmente a partir del periodo de entreguerras.

Antes, sin embargo, el propio Karl Marx y otros autores que se reclamaban de su pensamiento habían aprovechado las ideas avanzadas por el pensador alemán para plantear un nuevo modo de escribir historia, que se situaba al margen del mundo académico oficial. Así surgen algunas obras clásicas de historia contemporánea, como *La lucha de clases en Francia*, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* o *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. En esa senda, algunos militantes comunistas estudiaron la evolución de las estructuras económicas y sociales en áreas geográficas concretas, llevados por la necesidad práctica de fundamentar teóricamente sus posiciones políticas, como fue el caso de Rosa Luxemburg (*La industrialización de Polonia*) o de Lenin (*El desarrollo del capitalismo en Rusia*).

Esta historia se beneficiaba de muchos de las nociones teóricas y de las propuestas metodológicas de Karl Mark surgidas a la hora de elaborar su tesis general del materialismo histórico, que debía conducir a una nueva concepción de la historia, del modo de leerla y del modo de escribirla. En ese sentido, los historiadores marxistas del siglo XX, los profesionales de la historia que surgen en ese momento de eclosión general de la ciencia historiográfica que son los años de entreguerras, excavan en el arsenal marxista para servirse de instrumentos conceptuales tan valiosos como la idea de totalidad social (que obliga a relacionar entre sí los hechos económicos, sociales, políticos y culturales), el modelo de base y superestructura (que propugna el nacimiento de las relaciones sociales o de las instituciones políticas a partir del impulso primario que obliga a satisfacer las necesidades materiales elementales: *primum vivere deinde philosophare*), la dicotomía entre el capital y el trabajo, que se traduce en la que separa a los que poseen los medios de producción de los que no tienen más que la fuerza de sus brazos y dependen de los primeros para ganarse su sustento (una cuestión que vuelve a ponerse en primer plano en estos momentos en que las grandes corporaciones deciden quiénes trabajan y quiénes quedan excluidos del sistema

y condenados al hambre y la miseria, versión actualizada del ejército de proletarios necesario al primer capitalismo), la explotación del hombre por el hombre como una constante histórica (el hobbesiano «homo homini lupus», que sólo la política marxista está en ese momento en condiciones de cambiar), la lucha de clases como eje central de la dinámica histórica (incluso, en su primera elaboración, como «motor de la historia»), la concepción de la religión como «opio del pueblo» (una inspirada fórmula para una función que, con sus obligadas metamorfosis, sigue siendo válida hoy en día para vastas capas de la humanidad). Sólo hay que añadir que la concepción marxista de la historia no surgió de la nada, enteramente armada en la cabeza de Karl Marx (como Atenea de la cabeza de Zeus), sino que se reclamaba de determinadas corrientes de pensamiento progresista, como el racionalismo ilustrado, la economía clásica inglesa, la filosofía alemana y el pensamiento socialista y revolucionario francés. Edward Gibbon, Adam Smith, Ludwig Feuerbach, Charles Fourier habían puesto los ladrillos que permitirían levantar el edificio teórico que tan profundamente habría de renovar el campo de las ciencias sociales en general y de la historia en particular.

Con todas estas bazas, el marxismo pudo beneficiarse de los combates llevados a cabo por los profesionales de la escuela francesa de los *Annales*, encabezada por Marc Bloch y por Lucien Febvre, en la que encontraron puntos de coincidencia: combate por una historia total, combate por una colaboración interdisciplinar con otras ciencias sociales, combate por una historia de problemas e hipótesis, combate por una historia del hombre dentro del ámbito de sociedades concretas. De esa manera, muchos historiadores encontraron en los *Annales* una oportunidad para librarse del mal que estaba aquejando en aquellos

años treinta a la historiografía marxista, el auge de la escolástica estalinista que amenazaba con sumergir en un pozo a aquellos científicos sociales, al igual que su práctica política estaba condenando, entre otros muchos, a Trotski o a Bujarin. Se produjo, pues, lo que Eric Hobsbawm llamó «una extraña confluencia, a través de la historia económica, del marxismo y los *Annales*».

Más aún, por ese camino, la influencia de Marc Bloch (asesinado tras ser detenido por la Gestapo) y Lucien Febvre se extendió pronto a la Europa oriental (donde sirvió a la causa del antiestalinismo en el campo de las ciencias sociales), a la Europa mediterránea (donde halló eco en Italia, preparada por el pensamiento de Antonio Gramsci a recibir propuestas antidogmáticas), a Francia (donde el propio Pierre Vilar nunca dejó de reconocer su deuda con ambos autores) o a Inglaterra, donde los historiadores marxistas, siguiendo de nuevo a Hobsbawm, «pensaban en sí mismos como gente que luchaba en el mismo bando que los *Annales*», que compartían el mismo lado de la barricada.

¿Qué aportaciones fundamentales realizó la historiografía marxista del siglo XX?

No es fácil resumir las aportaciones marxistas a la historiografía del siglo XX. En primer lugar, hay que señalar que esta historiografía hubo de superar primero una serie de dificultades adicionales que retrasaron su impacto en el mundo académico. Por un lado, las circunstancias políticas produjeron la congelación del rico manantial de ideas que fluía de la obra de los fundadores. La fijación de un cuerpo de doctrina de comprensión fácil de los conceptos elementales del materialismo histórico llevaba aparejado, como se haría pronto patente, el peligro del deslizamiento hacia



Taller de bicicletas en Dublín, ca. 1890-1910 (Fuente: National Library of Ireland).

una concepción mecanicista y economicista de la evolución histórica, e incluso a un determinismo económico a la hora de enjuiciar los procesos de desarrollo de las distintas formaciones sociales. Este riesgo se convertiría en palpable realidad cuando en los años veinte y treinta la naciente Unión Soviética asumiera la tarea de elaborar una historia de la evolución de la humanidad desde presupuestos marxistas. Las deficiencias de un arsenal técnico primitivo y el afán didáctico de señalar con nitidez los distintos periodos y puntos de ruptura en el desarrollo social produjeron una historia rígida y esquemática, donde las estructuras económicas determinaban estrechamente los restantes planos de la realidad y generaban una evolución lineal, necesaria e irreversible de las sociedades. A todo esto se añadirían los efectos que tendría la

imposición, durante el periodo estalinista, de la interpretación oficial de las tesis de Marx y Engels, que de ser una guía para la investigación y la comprensión de la historia pasaban a convertirse en las columnas dogmáticas de una escolástica acrítica y paralizante. La historia había caído en muy malas manos.

Por ello, la renovación de la historiografía marxista fue obra esencialmente de historiadores profesionales, hasta ahora muy poco visibles por haber quedado expresa o tácitamente excluidos del mundo universitario y académico en general. Historiadores que tuvieron en cuenta no sólo la obra de los fundadores, sino también las reflexiones teóricas de personalidades como Antonio Gramsci o György Lukács, cuyo esfuerzo permitió luchar contra el esquematismo, el mecanicismo y la fosilización de los con-

ceptos que agarraban la creatividad del pensamiento, en suma contra el escolasticismo dominante. Ahora los historiadores de formación marxista pudieron asomarse a los debates científicos armados de un bagaje teórico en constante enriquecimiento y de una práctica investigadora volcada en la solución de problemas concretos y dotada de una suficiente base documental.

De esa manera, se inicia la participación de estos historiadores en una serie de grandes debates que iban a permitir el considerable avance de la ciencia historiográfica. Baste recordar su contribución a la definición económica y social de la Revolución Francesa (que llegó a convertirse casi en un coto cerrado de la historiografía marxista), el gran debate abierto por la publicación debida al economista británico Maurice Dobb de un libro sobre la evolución del capitalismo que culminó en una famosa polémica sobre la cuestión de la transición del feudalismo al capitalismo, el debate sobre el carácter de las revoluciones inglesas reabierto por el historiador británico Christopher Hill, la gran controversia sobre el absolutismo, donde hicieron acto de presencia por primera vez, los historiadores rusos con Boris Porchnev y Alexandra Lublinskaya al frente, los trabajos sobre los orígenes de la revolución industrial en el surco del libro pionero de Eric Hobsbawm y muchos otros.

Las aportaciones explícitamente marxistas son tantas que no queremos seguir incidiendo en ello. Sólo diremos una palabra sobre la incidencia de los estudiosos enmarcados en esta corriente en una serie de temáticas particularmente novedosas, como la historia de los trabajadores y el movimiento obrero, las revueltas populares, la rebeldía primitiva, el banditismo como respuesta a la coacción de los poderes, la historia social de la producción cultural, las expresiones de la cultura popular, el mundo

de la fiesta y su capacidad subversiva, las actitudes ante la muerte y el más allá, la historia del colonialismo y del anticolonialismo. Por no hablar, para concluir, con la destacada contribución a la formulación de la teoría histórica, donde pueden señalarse toda una serie de reputados autores, como pueden ser el británico Edward Palmer Thompson o el francés Pierre Vilar, que nos han ofrecido algunas de las más brillantes páginas escritas sobre los fundamentos y las funciones de la ciencia historiográfica.

¿Cuál es la situación del marxismo en los estudios históricos?

El marxismo sigue estando muy presente en el conjunto de la producción historiográfica. Ahora bien, la proclamación de la utilización de la teoría marxista de la historia ha de tener siempre en cuenta que habrá de sufrir el ataque sistemático de aquellos que se enfrentan ideológicamente con el irrenunciable ejercicio crítico, con el indeleble tinte progresista y con la permanente voluntad transformadora e incluso revolucionaria que subyace en el modo de abordar la historia. Ya no se trata de comportarse al mismo tiempo como historiador y como revolucionario, de participar directamente en las luchas de cada tiempo, sino que ahora la divisoria se configura entre aquellos que escriben una historia aséptica o neutral y aquellos que consideran que la historia tiene la función más profunda de proyectarse sobre el presente y sobre el futuro. Y mucho más en estos tiempos donde la ciudadanía sufre un proceso de dominio incontrolado de las grandes corporaciones, una crisis planetaria de la praxis democrática, un deterioro imparable del clima (no atribuible a causas naturales sino a la acción de poderosos intereses capitalistas), un deliberado abandono a su suerte de extensas capas de la población castigadas por la enfermedad,

el hambre, el cada vez más difícil acceso al agua y los horrores del fanatismo religioso y de la guerra.

Ahora bien, esta imputación a los historiadores marxistas no debe ocultar a nuestros ojos algunas realidades que se tratan de minimizar cuando no de esconder pura y simplemente. Un primer ejemplo es el intento de frenar la expansión de la historiografía de este signo o de excluir de determinados campos a la historia de izquierdas. Un ejemplo nos lo da el caso del gran especialista francés Michel Vovelle. Como es bien sabido, nos encontramos ante el creador de la historia serial de la muerte, a partir de su obra fundamental *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, un libro que ha sido también punto de partida de otras corrientes llamadas a un brillante porvenir. El autor recurre al uso sistemático del testamento como fuente privilegiada para averiguar las preocupaciones de la población provenzal del Setecientos ante el fenómeno de la muerte: las pompas fúnebres, el lugar de la sepultura, la demanda de misas para la salvación del alma, el encargo de caridades y obras de misericordia. Pero además el libro pone de manifiesto la aparición en la segunda mitad del Setecientos de un proceso de des cristianización, que se explica por la superficialidad de la vida religiosa como fruto en buena parte del uso preferente de la pedagogía del miedo, por el desplazamiento del conformismo de una sociedad donde la práctica se había universalizado pero donde al mismo tiempo se habían reprimido los comportamientos más libres y más profundos, por el ensanchamiento del foso que separaba a los clérigos de los laicos y, finalmente, por la difusión de nuevas ideologías que implicaban una crítica de la Iglesia y, más allá, incluso de los fundamentos del cristianismo. Pues bien, Michel Vovelle hubo de soportar la crítica de aquellos que le pedían

que abandonara ese terreno a los creyentes que, supuestamente, estarían en mejores condiciones de comprender los fenómenos estudiados, mientras que los marxistas, fundamentalmente no creyentes o incluso agnósticos o ateos, no podrían abordar objetivamente tales cuestiones. El historiador francés replicó rechazando lo que llamó no sin su pizca de ironía ese «Yalta historiográfico», ya que todas las temáticas son el objeto de todos los historiadores, pues tanto *parti pris* sobre un tema «espiritual» puede tener un católico precisamente a causa de sus creencias como acercamiento crítico puede presentar un historiador situado al margen de cualquier inclinación irracional hacia la materia objeto de investigación.

Y realmente, el historiador marxista está incluso en mejores condiciones de incorporarse como estudioso a las nuevas ampliaciones del territorio del historiador. Pongamos un caso, el de la historia local, que sólo puede ser válida cuando es al mismo tiempo historia total, pues sólo así puede dar cuenta de todos los rasgos que definen la pequeña formación social de la localidad que se trate, sólo así tendremos una completa historia local, pues la aproximación correcta no depende de las dimensiones mayores o menores del observatorio escogido, sino de la profundidad y la amplitud de la mirada del observador, que tiene siempre presente el concepto de totalidad social. En ese sentido es oportuno el título elegido por el gran escritor Xuan Bello al querer dar cuenta de la identidad de su diminuto pueblo asturiano: *Historia universal de Paniceiros*.

Y la misma predisposición tiene el historiador marxista para convertirse en privilegiado estudioso de la moderna historia global. De lo infinitamente pequeño sólo apto para el microscopio, puede pasarse a una historia que tenga en cuenta todo el mundo, aunque naturalmente el conocimiento integral sólo sea posible a través de nume-

rosos estudios parciales. Pero los lazos que se establecen entre los diversos espacios interconectados, desde el punto de vista de los intercambios demográficos, alimentarios, comerciales y culturales, esos sí pueden (y deben) ser el objeto del estudioso, que es capaz de identificar y de jerarquizar los vínculos de diversa índole creados, hasta completar ese ideal de historia universal y de historia total con que soñaron los discípulos de Marc Bloch y Lucien Febvre y los discípulos de Karl Marx y Friedrich Engels.

¿Qué posibilidades existen del desarrollo de una historiografía marxista en el siglo XXI y sobre qué fundamentos debería apoyarse?

Nos hemos dejado deliberadamente una frase en el tintero. Hoy día somos menos los que nos declaramos explícitamente historiadores marxistas, de inspiración marxista o simplemente discípulos de (por poner un ejemplo personal) Pierre Vilar. Y por ello somos motejados de paleomarxistas, de dogmáticos, de estudiosos cortos de miras o de especialistas sumidos en un horizonte arcaico u obsoleto. El marxismo pertenece al pasado, a un mundo periclitado, que sólo pueden frecuentar, y sólo por un *parti pris* ideológico (seguramente porque antaño militaron en un partido de izquierdas y guardaron un recuerdo romántico de aquella militancia), aquellos que siguen aferrados a ideas políticas igualmente privadas ya de toda vigencia. El marxismo ha muerto, el barco se ha hundido en el mundo académico y en el mundo político, y los marxistas somos los restos del naufragio.

Y, sin embargo, el marxismo sigue más vivo que nunca. Y no sólo porque todavía somos muchos («molts més dels que ells volen i diuen») los que hacemos una historia marxista de modo consciente y deliberado, porque estamos convencidos de que

las herramientas teóricas y metodológicas que heredamos sigue plenamente vigentes, aunque no nos reclamemos de todas las nociones expuestas en la obra de Karl Marx, aunque hayamos rechazado (desde hace tiempo) la deriva determinista, economicista y dogmática de la «escolástica» marxista (igual que rechazamos la dictadura del proletariado en la praxis política), aunque resulte insostenible mantener conceptos como el de «modo de producción asiático» que nada significa, aunque haya que matizar otra serie de afirmaciones que se hicieron en un contexto concreto, puntual y contingente que ya hace mucho que dejó de ser el nuestro. Y no sólo porque los historiadores de tradición e inspiración marxista, a la hora de aproximarnos a nuestro objeto de investigación, sepamos que la utilización de aquel instrumental sigue siendo el mejor para comprender los fenómenos del pasado y, también, del presente.

Aquí es donde entra la noción que, quizás pretenciosamente, llamo el «marxismo difuso». Aquel que, sin darse cuenta, de modo casi inconsciente, practican muchos profesionales de la historia, que no pueden prescindir en su investigación de las nociones y de las herramientas metodológicas consagradas por muchas décadas de análisis histórico (y, también, obviamente, económico, o sociológico, o antropológico). En sus estudios se deslizan (con el mismo nombre o con un nombre distinto) los conceptos de modo de producción, medios de producción, fuerzas productivas, formación social, totalidad social, plusvalía, explotación, alienación, emancipación... Y se aplican a la hora de explicar los procesos económicos, sociales y políticos que se han venido desarrollando a lo largo de los tiempos, porque sin ese cemento tales fenómenos quedan en el aire, deletéreos y, a la larga, incomprensibles. Incluso han sido aceptados universalmente conceptos como



Trabajadoras cosiendo una alfombra para una exhibición de coches en las Galeries nationales du Grand Palais de París, 1932 (Foto: Mondial Photo-Presse, fuente: Bibliothèque nationale de France).

el de «clase social», que una historiografía deliberadamente antimarxista ha tratado de desterrar: ni siquiera el tiempo de la «sociedad estamental» puede prescindir de la divisoria por clases sociales, que unas veces se superpone, otras complementa y otras dinamita desde su interior a la divisoria estamental, lo que es tan perfectamente lógico como la coexistencia de la onda y la partícula en la luz o la coexistencia de la física clásica con la física relativista y cuántica. Sólo una historiografía (esa sí arcaica y obsoleta) que quiera abrumarnos con el registro de los datos y el listado de los hechos desnudos o quiera ensimismarse en la pura elucidación tautológica, puede prescindir de la panoplia explicativa de la «historia razonada», como llamaba a la historiografía marxista Joseph Alois Schumpeter (el creador del término) y como sostuvo toda su vida Pierre Vilar.

Los historiadores marxistas seguiremos en el futuro trabajando con los fundamen-

tos teóricos y el utillaje metodológico que nos ofrecieron la obra de Karl Marx y la de sus sucesores. En nuestro quehacer cotidiano (trabajando con documentos irrefutables y con casos concretos) hemos revisado la primitiva concepción del materialismo histórico. Hemos desechado el determinismo teleológico para compaginar el azar y la necesidad, hemos corregido el economicismo para asentar la relativa autonomía de las ideas (aunque seguimos rechazando, por poner un ejemplo, que la Reforma naciera de la celda en que Lutero luchaba contra el Maligno, como pensaba Jacques Maritain, para seguir pensando en el complejo de problemas materiales, sociales, políticos y espirituales que bullía en la Alemania del otoño de la Edad Media), hemos dado entrada a nuevas problemáticas que han ampliado el territorio del historiador, que un día tendimos a infravalorar y que hoy hemos introducido en nuestra visión de conjunto de una sociedad (el chocolate condicionaba

la *Weltanschauung* de muchas de las clases que constituían la comunidad europea del siglo XVIII, las creencias religiosas trazaban barreras muy sólidas, aunque no fueran absolutamente infranqueables, entre las distintas poblaciones del mundo), hemos aceptado que el estudio de los hechos individuales puede convivir con el análisis de las estructuras, que un hecho aislado puede pasar de ser el «hecho aberrante» de la historia cuantitativa al «hecho paradigmático» de la microhistoria, siempre que tengamos presente, como señaló Michel Vovelle refiriéndose a la obra de Carlos Ginzburg que no todo el mundo tiene la suerte de ser quemado por la Inquisición como lo fue el molinero Menocchio.

En fin el marxismo que profesamos los historiadores tiene ante todo que quedar sometido siempre a una rigurosa crítica para evitar ciertas tentaciones del pasado que ya hemos señalado y por tanto no vale la pena repetir, tiene que conservar la ambición de totalidad que compartimos con los primeros *Annales* (pero por eso mismo comprender que todos los hechos pueden encontrar su lugar en ese universo, desde

las prácticas domésticas hasta la fiesta de los toros en la España de los Austrias), tiene que atender a los problemas generales que han regido el devenir de la Historia (evitando la banalización de la crónica de sucesos o de la descripción de las fiestas de sociedad), tiene que debatir sus resultados con los trabajos de los historiadores provenientes de otras escuelas (en el caso poco probable de que hoy pueda hablarse de escuelas) y tiene que conservar sus características más constantes como son el insobornable espíritu ético que ha presidido su práctica historiográfica, su voluntad de otorgar la voz a los marginados frente a los corifeos de las clases dominantes (la «historia de la gente sin historia») y, sobre todo, la conciencia de que su objetivo básico es el de ponerse al servicio de los hombres (y las mujeres) para que conozcan su historia, conserven su memoria (sí, su memoria también) y así sean capaces de proyectar un futuro con esperanza. Porque, como decía Pierre Vilar, y no me he cansado de repetir, justamente «la historia sirve para no hacerse ilusiones, pero al mismo tiempo mantener la esperanza».